

HÉCTOR M. GUYOT

CUANDO LA  
MENTIRA ES  
LA VERDAD



20 AÑOS DE  
KIRCHNERISMO EN  
40 DE DEMOCRACIA

*Ariel*

**HÉCTOR M. GUYOT**

**CUANDO LA MENTIRA  
ES LA VERDAD**

**20 DE KIRCHNERISMO  
EN 40 DE DEMOCRACIA**

*Ariel*

# INTRODUCCIÓN

## LOS PIES EN EL BARRO

Una mañana de principios de marzo de 1983 viajamos con mi padre desde casa hasta el Centro en un Torino naranja que él había comprado poco tiempo antes. En esa época hacíamos ese trayecto juntos dos o tres veces por semana. Camino hacia su estudio de abogados, en Córdoba y San Martín, me dejaba enfrente del Museo Nacional de Bellas Artes, desde donde yo caminaba hasta la Facultad de Derecho de la UBA. Por lo general íbamos en silencio, mientras en la radio a bajo volumen se desgranaba el programa de Bernardo Neustadt. Las voces de políticos y economistas, que debatían la eterna crisis del país, eran una conveniente cortina de fondo: nos eximía, a dos personas de pocas palabras, de tener que llenar el tiempo de viaje con una charla. Esa mañana de marzo nos envolvía sin embargo un

silencio distinto, más espeso, en el que escondíamos miedos que no sabíamos expresar.

Esta vez no bajé en Plaza Francia. Mi padre me llevó hasta la estación Retiro. Allí nos despedimos con un abrazo breve en el que me transmitió tanto los mejores deseos para el hijo que partía como una resignada resistencia hacia la aventura que yo estaba por emprender, para la cual había decidido suspender mis estudios durante un año. ¿Hacia dónde me llevaría el viaje? ¿Cuándo estaría de vuelta? ¿Retomaría la carrera a mi regreso? No podía responder entonces a ninguna de estas preguntas, y mi padre, aunque no mencionó estas cuestiones ni durante ese recorrido de casa al Centro ni en los días previos, lo sabía. De eso estaba hecho el silencio de esa despedida.

A media mañana abordé un tren con destino a Tucumán. Aquella sería la primera parada de un viaje iniciático por Sudamérica al que me lanzaba sin un itinerario definido y con la sola compañía de un *South American Handbook* en el que había invertido un diner, o eso me parecía, si lo comparaba con los cinco billetes de cien dólares que por todo capital llevaba bien guardados en el cinturón.

Tras unas semanas de andar por el norte argentino pasé a Bolivia. La Paz me pareció una ciudad surrealista, aunque no tanto como el Titicaca, a cuya vera conversé una noche con miembros de la Armada boliviana que habían hecho campamento en una playita de ese lago insondable. Subí después hasta Cuzco, pasé varios días

en Machu Picchu y los poblados vecinos, viajé hasta Arequipa, en la costa del Pacífico, y de allí hasta Lima. Orientándome por los relatos de otros viajeros, en lugar de subir hacia Ecuador —mi plan original—, me separé del mar, crucé la sierra y llegué a la selva. De Tingo María, sobre el río Ucayali, viajé hasta Iquitos y desde allí, provisto de una hamaca paraguaya en la que dormía por las noches, me embarqué en un pequeño barco de carga justo en el nacimiento del río Amazonas, donde el Ucayali se encuentra con el Marañón. Para entonces llevaba unos cinco meses de viaje. No era capaz de responder aún a las preguntas con las que había partido, pero había vivido cosas y conocido gente que no olvidaría.

A los 21 años quise tomar distancia de mi entorno, mi familia, mis amigos y hasta de la educación que había recibido. Necesitaba descubrir quién era yo, lo que quizá ayudaría a reorientar mis pasos hacia un futuro que por esos años se me había vuelto brumoso y falto de encanto. Encajaba, presumo, en el cliché del joven confundido que pone en cuestión lo que ha recibido por herencia. En lugar de rumiar la confusión en la soledad de mi cuarto, y como ferviente lector de Kerouac, había decidido salir al mundo a buscar esas respuestas. Otro cliché, posiblemente. De cualquier modo, las respuestas existenciales me resultaron esquivas aquí y allá. Sin embargo, el día que regresé a casa (sin aviso previo, para sorpresa de mi familia) ya no era aquel que había viajado con su padre a Retiro en el Torino naranja aquella mañana de marzo.

Había salido de viaje para buscarme a mí. A falta de cualquier hallazgo en ese sentido, puedo decir que, en medio del Amazonas, a unos 5.000 kilómetros de distancia de Buenos Aires, encontré a mi país. Quizá sea esa la paradoja que define el argumento de nuestras vidas: nunca hallamos lo que estamos buscando, sino algo distinto que al menos tiene la virtud de hacernos replantear los términos de nuestra pesquisa y nos permite seguir adelante, tras otra cosa, como si de pronto divisáramos un nuevo faro que parpadea en el horizonte con una luz prometedora.

En esos días yo me dejaba llevar por la corriente del Amazonas desde su nacimiento hasta su desembocadura en Belem do Pará, 3.600 kilómetros de río flanqueado por la espesura de la selva. Vivía en un tiempo sin tiempo marcado por atardeceres rojos a los que asistía sentado en el techo de la embarcación. No tenía que moverme, porque el barco se movía por mí, y en esa suerte de paréntesis fluvial no debía decidir nada, solo abandonarme a ese lento discurrir sobre el lomo de un río infinito que, en su color, me recordaba al Río de la Plata. Justo entonces, en medio de esa calma, apareció aquel llamado lejano. Eso resolvió al menos uno de mis interrogantes pendientes, acaso el más inmediato: hacia dónde dirigirme cuando volviera a pisar tierra. A partir de allí, cada paso que diera, cada uno de mis movimientos, estaría encaminado al fin último de volver a la Argentina.

Este cambio (la inesperada irrupción de un propósito menos improbable que encontrarme a mí mismo)

se disparó con un llamado telefónico que hice a Buenos Aires desde Leticia, una pequeña ciudad colombiana a la vera del río, enclavada en el tramo del Amazonas donde Perú, Colombia y Brasil se encuentran en una triple frontera. Mi barco había amarrado en el muelle de Benjamin Constant, poblado brasileño donde se demoraría unas horas para cargar o descargar bananas y algún que otro pasajero. Al enterarme de que en la orilla vecina había cabinas telefónicas, decidí cruzar y darle una sorpresa a mi familia.

Una vez por mes, o mes y medio, yo solía escribir una carta a mis viejos. Ellos respondían escribiéndome al poste restante de la ciudad hacia la que me dirigía. No hablábamos por teléfono. Era otro mundo. En esa charla desde Leticia les conté las últimas peripecias del viaje y ellos me pusieron al tanto de las novedades de la familia y del país, en plena transición hacia la democracia.

Oír la voz de mis padres activó la nostalgia por lo que había dejado atrás. Pero no solo por ellos y mis hermanos, sino también por el país. La Argentina salía entonces de la etapa más oscura de su historia y se encaminaba hacia unas elecciones en las que se jugaba su destino en medio de un clima cargado de expectativa. Se acercaba un momento histórico, decisivo, y yo estaba lejos. Me estaba perdiendo algo que tenía que ver conmigo y con mi propia historia, así lo sentí, y en los días que siguieron a aquella conversación se afianzó en mí la convicción de que debía regresar a Buenos

Aires a tiempo para poder votar y ser parte de esa esperanzada vuelta a la democracia. De pronto, para mi sorpresa, lo íntimo y lo colectivo confluían.

El sentimiento nacionalista me resulta ajeno, incluso durante los Mundiales de fútbol. Soy el marciano que prefiere que la Selección juegue bien a que gane de cualquier modo. Pero, desde lejos, sentí la necesidad de no fallarle al país, de no faltar a la cita de octubre y estar allí en la fecha en que los argentinos íbamos a inaugurar un nuevo período democrático con el voto. Por primera vez, sentí al país como parte de mí.

Seguí bajando el Amazonas, avanzando hacia el mar, pero en mi mente había empezado a doblar la curva hacia el Sur. La fantasía de llegar a las Guyanas quedaría para otra vuelta. En la omnipotencia del viaje, donde todo parece posible, me decía que alguna vez volvería a pasar por allí. Y entonces vería lo que esa vez no había alcanzado a conocer. No sabía aún que la vida es un camino de ida y que aquello a lo que renunciamos al elegir otra cosa difícilmente vuelva. Todo se vive una vez.

No conozco Paramaribo, un lugar que me atraía por la música de su nombre. A esta altura, no conservo ninguna ilusión de conocerlo. Hacia dónde me hubiera llevado una escala en Paramaribo, de haber rumboado hacia allí, nunca lo sabré. Pero me pregunto ahora si esa decisión de volver a la Argentina para votar no me encaminó, allá lejos y hace tiempo, a la escritura de este libro. Porque en la vuelta a la democracia, en ese voto



que llegué a poner en la urna, en la emoción compartida de decidir junto a mis compatriotas cómo queríamos vivir, se fraguó mi conciencia política, la misma desde la que escribo ahora.

El viaje de regreso por la costa de Brasil, esa gran panza que se baña en el Atlántico, me llevó un mes. Es decir, una quinta parte del tiempo que me había llevado llegar al punto del Amazonas donde decidí emprender el regreso. Conocí Manaus, Belem, Recife, Bahía, Canoa Quebrada. Pasé unos días en Río. Pero andaba con el calendario en la mano, porque me había propuesto llegar a casa a fines de septiembre. Y llegué. Me reencontré con mi familia y con una Argentina en estado de ebullición, que se disponía a dar vuelta una página negra de su historia.

Un gran amigo de la infancia, que militaba en la UCR, me había contagiado su entusiasmo por Raúl Alfonsín, ya consagrado candidato radical. De modo que el viernes 30 de septiembre yo estaba entre la multitud que asistió al acto de campaña en Ferro. Recuerdo el asombro de ver ese estadio lleno. Y después, la palabra de Alfonsín. Por entonces, la Argentina estaba en la lona. Lo describía muy bien una canción de Víctor Heredia, “Informe de la situación”, incluida en el disco *Puertas abiertas*, de 1982, que mis amigos y yo escuchábamos por entonces (en mi *soundtrack* de la época resuenan el doble en vivo de Mercedes Sosa en la Argentina, del mismo año, y *Días y flores*, de Silvio Rodríguez; todo muy progre).

El tema de Heredia, que hacía un balance sombrío y en clave metafórica de los daños que dejaba la dictadura, estaba al mismo tiempo imbuido de un espíritu de posibilidad que en esos días soplaba en el viento:

*Paso a detallar a continuación  
el sucinto informe que usted demandó;  
duele a mi persona tener que expresar  
que aquí no ha quedado casi nada en pie.  
Mas no desespere, le quiero aclarar  
que aunque el daño es grave, bien pudiera ser  
que podamos salvar  
todo el trigo joven  
si actuamos con fe  
y celeridad.*

En su discurso, Alfonsín describió, como se dice ahora, la “tierra arrasada” que dejaba la dictadura. Pero, más que nada, transmitió su fe. Y esa fe estaba hecha de una convicción: el país podía renacer de las cenizas si los argentinos abrazábamos la causa de la democracia. Era un mensaje moral que apuntaba a rescatar, entre tanto dolor y tanta frustración, lo mejor de cada cual. Incluso lo mejor de las distintas tradiciones políticas que estaban por enfrentarse como adversarios en las elecciones. Fue un llamado a la unión nacional, a un encuentro que debía darse en la certeza compartida de que la democracia recuperada —y la convivencia que esta proponía, en un país signado por

los desencuentros y la violencia— sería la verdadera causa común de quienes habitábamos este suelo. Y, para qué negarlo, ese llamado a “la nueva marcha de los argentinos” llegaba a su punto más alto cuando, sobre el final, Alfonsín proponía el Preámbulo de la Constitución como programa de gobierno.

En ese acto confirmé el sentimiento que me había impulsado a volver a las apuradas. Yo era parte del país y de su gente. Estaba implicado en su destino, que a partir de allí empezaríamos a escribir entre todos. Mi voto, por más que fuera una gota de agua en el mar, contaba. Y contaba también la posibilidad de vivir una emoción compartida con tantos otros que, como yo, se sentían protagonistas de un nuevo comienzo, de una nueva historia.

Más allá de la cuota de ingenuidad que había en esa confianza desmedida en las propiedades terapéuticas de la democracia, la emoción fue verdadera. Y volvió a aflorar el 30 de octubre, día de las elecciones. Recuerdo la alegría que había en las calles esa tarde. Luego de votar en un colegio de mi barrio, volví a casa caminando. La gente se reunía en los umbrales, como si quisiera permanecer afuera para reconocerse con quienes, todavía con el documento nacional de identidad en la mano, venían de emitir su voto. No se le negaba un saludo o una sonrisa a nadie. Había en el ambiente una efervescencia sustentada en aquello que todos, colectivamente, estábamos recuperando, con prescindencia de quién resultara el ganador en las urnas.

Solo una vez más volví a sentir que la historia política de mi país me reclamaba con la misma urgencia. Entre aquella primera ocasión y la segunda pasaron unos veinticinco años. ¿Qué hice en el medio? Pues viví mi vida lo mejor que pude, nunca ajeno a la deriva política y económica de la Argentina (que te arrastra, aunque no lo quieras), pero enfocado en mis intereses y asuntos, incluso como periodista, que pasan esencialmente por el mundo de la cultura.

\* \* \*

Los diarios, por suerte, precisan tanto de periodistas especializados en un área específica como de aquellos de curiosidad dispersa que, a fuerza de oficio, aprenden a moverse con impunidad en géneros y temas variados. En mi caso, nunca fui un especialista en nada. Pero leo y escribo desde chico. Mi rango de intereses es amplio y tengo una inclinación natural a buscar relaciones entre las cosas. Eso marcó mi camino en el periodismo. Y acaso haya sido también esta disposición abierta la que un día me llevó a ampliar la temática de mis columnas y a incorporar en ellas a la política. A partir de allí, de una semana a la otra mis textos de opinión podían pasar sin transición de la literatura, la vida cotidiana o los efectos del cambio tecnológico a las trampas del kirchnerismo en el gobierno.

No es que haya invadido, en meditado avance, el terreno de los periodistas políticos y los analistas.

Fue al revés: como antes, la política me vino a buscar. Mediante la malversación de la palabra y el estímulo de una polarización que cancelaba el diálogo, los Kirchner derramaban entonces la toxicidad de su proyecto político sobre la cultura, la vida diaria y las relaciones afectivas. Como les habrá pasado a tantos, no pude permanecer callado y al margen. Tal como en 1983, la política de mi país me impelía a pasar de la condición de testigo a la de modesto protagonista, aunque en circunstancias muy distintas. Antes, a través del voto y en medio de un clima celebratorio propiciado por una esperanza al alcance de la mano. Ahora, en el espacio de la columna semanal que el diario *La Nación* me había confiado (que era mi canal de expresión) y ante un proyecto de poder que apuntaba a acabar con esa esperanza.

En 1983 había sentido el llamado a participar en una construcción. Veinticinco años más tarde, la cuestión era meter los pies en el barro para no aceptar en silencio la destrucción de ese espacio común todavía en obra con el que habíamos soñado, aun desoyendo a amigos que me aconsejaban que dejara la política a un lado y siguiera escribiendo sobre mis cosas. Así, en esa columna de tema libre que publicaba los sábados, aquellos asuntos que sentía más míos y cercanos, entre ellos el relato de vivencias que consideraba universales, empezaron a dar paso a la urgencia. Y la urgencia, al menos la mía, era denunciar los engaños y la hipocresía que veía en el gobierno de los Kirchner.

Aquello era también una descarga. Muchas veces, admito, escribía desde la indignación. Cuando ese sentimiento era el punto de partida, la energía desde la que brotaba la escritura, me cuidaba de que no tiñera el texto. Principalmente, creo que he escrito sobre todo desde un sentimiento de perplejidad. Es decir, en el intento de explicarme a mí mismo cómo era posible que el cinismo diera tan buenos dividendos políticos y que la mentira pudiera prevalecer y resultar efectiva incluso cuando se oponía a las evidencias más incontrovertibles de la realidad.

Al principio, en una reacción mecánica, escribía para denunciar la mentira. Pero la mayor parte de las veces sentía que eso era inconducente. Lo necesario era describir el mecanismo del simulacro, tratar de entender por qué el engaño funcionaba tan bien y por qué una parte importante de la sociedad celebraba vivir en ese engaño.

En el fondo, había que salvar la palabra de la manipulación de la que era objeto. La palabra, el diálogo, es la base de la convivencia democrática. Los Kirchner la convirtieron en un arma para dividir al país y llevar adelante su ambición hegemónica. Así, la perversión de la palabra se extendió de la escena política al tejido social. Había que rescatarla de la degradación a la que era sometida, aunque más no fuera llamando a las cosas por su nombre.

Al mismo tiempo, esos escritos eran para mí una cuestión de higiene mental. Un recurso terapéutico,

un acto de resistencia al estado de alienación colectiva que el kirchnerismo pretendía instalar. Por momentos, confieso, me parecía estar atrapado en una psicosis colectiva. Y necesitaba escribir, sencillamente, para no volverme loco. O para convencerme de que, en esa realidad puesta patas para arriba desde el mismo poder, el loco no era yo. Otras veces, en cambio, me decía que por perseverar en esa resistencia de tinta estaba relegando aquello que hasta allí había creído importante, aquello cuyo contacto me producía placer, como el mundo de los libros y las historias. Y entonces veía la cosa al revés: para no volverme loco, pensaba, necesitaba dejar de escribir sobre las mentiras del kirchnerismo. A cierta altura, la denuncia constante empezó a resultarme un ejercicio tedioso y repetitivo, aunque jamás se me escapó que lo que estaba en juego era la democracia republicana, que el populismo socavaba sin pausa desde el corazón mismo del sistema.

En cualquier caso, el dilema era recurrente los viernes, cuando me sentaba a hacer mi columna. ¿Debía dejar de lado la política? ¿Debía darles a los lectores un respiro de la asfixiante actualidad y convocar en mis notas esas cosas que siempre, a pesar de todo, ayudan a que la vida tenga sentido? ¿O debía responder a la urgencia? En esa tensión escribía. En esa tensión escribo.

Por otro lado, una duda existencial que compartíamos con otros colegas columnistas, allá cuando el kirchnerismo iba por todo y se pretendía eterno, nos

atenazaba. ¿Para qué escribir, si el país estaba tan dividido que todo sería leído desde dos ópticas cristalizadas y solo favorecería la profundización de la grieta? Además, ¿de qué servía el esfuerzo si, a pesar de lo que publicáramos, Cristina Kirchner seguía avanzando sobre las instituciones a paso redoblado? Traté de responderme estas preguntas en una columna de marzo de 2013 que, parafraseando una vieja canción de Sui Generis, titulé “¿Para quién escribimos entonces?”. Allí decía: “Lo que contamina la convivencia como una nube invisible que vuelve tóxico el aire que respiramos es el uso de la palabra como mero instrumento de aniquilación. En lugar de hospedar ideas, hoy las palabras son armas. Lo que vale es su poder letal. Las razones y los argumentos que describen, por más lúcidos que sean, carecen de importancia, porque no hay nadie del otro lado dispuesto a escucharlos”. La conclusión era cantada, aunque por entonces sonaba fuerte: “Hoy en la Argentina no parece haber diálogo posible”. Así las cosas, ¿para quién escribir? ¿Y para qué?

No encontré la respuesta en aquella columna, pero seguí escribiendo. Quizás porque, como dije antes, escribía en primer lugar para mí mismo. Nunca me consideré un analista político. No me interesa particularmente la lucha por el poder. Me meto en las aguas de la política cuando me siento agraviado por lo que los gobernantes hacen. Eso determina el lugar desde donde escribo, cercano al del ciudadano común que de pronto deja de lado sus asuntos porque siente que



el poder le jode la vida. Percibo esa identificación con el ciudadano cuando leo los comentarios en el foro de mis columnas. Nos igualan las mismas perplejidades y la misma indignación. Y nada me causa más satisfacción que ver cómo la columna se completa y mejora con las reflexiones que despierta entre los foristas, muchos de los cuales, presumo, han mantenido con el kirchnerismo una relación parecida a la mía.

Por otro lado, los comentarios de aquellos que piensan diferente y defienden el kirchnerismo sin atacar ni ofender al escriba y a los foristas me reconcilian con la esperanza de que alguna vez, pasado el temblor, la sociedad argentina recuperará el diálogo. Precisamente, el disenso, pensar distinto, es una invitación al diálogo, siempre y cuando uno de los términos de la ecuación no tenga por objetivo anular la palabra del otro para imponer un monólogo.

Esto último, sin embargo, fue lo que se propuso el kirchnerismo y lo que promovió su jefa como si se tratara de una guerra religiosa. Y aquí llego, me parece, a la razón esencial por la cual me mantuve durante años en una trinchera en la que jamás había imaginado estar. La “denuncia textual” del kirchnerismo fue un acto de defensa propia, al que después se sumó la sospecha de que esa defensa reflejaba al mismo tiempo una necesidad más amplia de carácter colectivo, la de aquellos que decían sentirse representados por lo que escribía. Había que defender la verdad de los hechos, la buena fe, pero sobre todo las instituciones

de la democracia, de pronto asediadas por un poder dispuesto a reemplazar la ley por la voluntad de una persona que buscaba tener al país en un puño. Era un sentir de muchos. Y muchos de esos muchos, en los comentarios, aprovechaban la convocatoria de mi voz para sumar la propia e iniciar una conversación en la que, por respeto al espacio ajeno, y después de haber propiciado el encuentro, yo no intervenía.

Esa trinchera fue siempre defensiva. Una suerte de “no pasarán”. Lo paradójico de esa defensa es que muchas veces fue leída, por ingenuidad o cinismo, como un ataque que profundizaba la polarización o la grieta. Nunca hubo intención de dividir en mis columnas. Por supuesto, para el kirchnerismo toda crítica es parte del “discurso del odio” y la aprovecha para profundizar el divorcio entre “ellos y nosotros”. A mayor clima de polarización, más permea el relato, ariete con el cual han avanzado los soldados de Cristina para romper el dique de defensa de las instituciones.

En ese gesto de defensa busqué dejar lo personal de lado. Fue un modo de mantener a raya los sentimientos negativos. Nunca sentí animosidad hacia ninguno de los kirchneristas de armas tomar, de la jefa para abajo. En lo personal, no tengo nada contra ninguno de ellos. Tampoco contra sus ideas de fondo, en el caso de aquellos que las tienen. Si aceptaran el disenso y no trataran de imponerlas violando las reglas de juego, serían parte del debate democrático.

Más allá de esta acción defensiva, siempre se filtró en esos escritos, como dije, un sentimiento de perplejidad ante el estado de alienación en el que sumió al país la praxis política del populismo. ¿Cómo explicar o analizar, por ejemplo, la escena surreal de un López armado que, en medio de la noche, entrega bolsos con millones de dólares a monjitas de gesto piadoso? ¿Cómo explicar que a pesar de esa imagen y de otras similares el kirchnerismo haya vuelto al poder a través de elecciones libres? Muchas de las acciones delictivas de los Kirchner y compañía, así como sus constantes trampas en el terreno institucional, eran analizadas por buena parte de la prensa como si fueran parte del juego democrático o como travesuras que, por su ingenio para sacar ventaja, incluso podían ser festejadas entre líneas. En contra de lo que tanto se ha dicho, creo que entonces a la prensa le sobraban artículos de análisis y le faltaban textos de opinión que valoraran con altura y fundamento la degradación institucional. Gradualmente, el kirchnerismo llevó a la sociedad argentina a naturalizar lo inadmisible. Cuando nos quisimos dar cuenta, era tarde.

\* \* \*

Por todo esto, al escribir sobre la deriva política de los últimos años, hay un interrogante que siempre vuelve: ¿cómo hemos llegado hasta aquí? ¿En qué momento nos jodimos? Creo necesaria una mirada retrospectiva

que nos ayude a advertir cuándo y en qué nos equivocamos como sociedad. También, qué ha representado y representa el kirchnerismo en el devenir de la historia argentina, y qué responsabilidad tienen los distintos sectores en este presente de un país sin rumbo donde casi la mitad de su población se debate entre la indigencia y la pobreza. En estos asuntos se propone indagar este libro. Ojalá sea un aporte a la mejor comprensión del populismo, que hoy también se manifiesta en las actitudes de un candidato en ascenso que, en las antípodas ideológicas del kirchnerismo, emplea sin embargo sus mismas armas. Nuestra sociedad parece vulnerable a los engaños de falsos profetas que venden recetas simplistas y alientan el odio.

Antes de empezar, me gustaría despejar un equívoco al que muchas veces apelan quienes buscan desacreditar las críticas de la prensa: la idea de que, por trabajar en un diario nacional, es la “corporación mediática” la que nos dicta a los columnistas lo que debemos escribir. Nada más lejos de la verdad. En el espacio de mi columna me siento libre y lo soy. Nadie me dice lo que tengo que escribir.

Esa libertad es una bendición y una responsabilidad. Mi columna depende de mí. Los viernes, a la hora de escribirla, siempre he sido fiel a un único principio: atender aquello que tenga necesidad de expresar, en la convicción de que esa necesidad, de un modo u otro, será compartida por los lectores. Si yerro, lo habré hecho en mi ley. No me mueve la necesidad de

convencer a nadie y tampoco busco hacer proselitismo alguno. No caigo en la ingenuidad de creer que lo que escribo pueda incidir en el curso de los acontecimientos. Me alcanza con ofrecer mi perspectiva y mis ideas, que muchas veces termino de encontrar en el proceso mismo de escritura. Si algunos lectores se reconocen en esas ideas para desplegar las propias, si en estos años nos ayudamos mutuamente a preservarnos de la alienación, habrá valido la pena.

Este libro, que abrevia en mis columnas, no es un libro de análisis político escrito en tercera persona. En cierto sentido, estos textos están escritos en la primera persona del singular. Expresan una mirada y una opinión. A veces pasan a la primera persona del plural. Soy un observador implicado y me siento un ciudadano más entre todos. Aun así, trato de tomar distancia al escribir. Pavese dijo que se escribe con el recuerdo del recuerdo. No le escapo a las emociones. Al contrario. Al no ser una analista, me puedo dar ese lujo. Pero trato de escribir con el recuerdo de la emoción.

Elegí empezar por esta pequeña historia personal porque presumo que muchos habrán vivido una parábola análoga a la mía ante el fenómeno del kirchnerismo. Muchos de los que seguían la política de lejos, como algo casi ajeno, de pronto también se habrán sentido implicados. Y opinaron, alzaron la voz, participaron de banderazos, se plantaron ante los atropellos de quienes iban por todo y nos arrebataban algo nuestro, de todos, cuya ausencia empezó a sentirse en

carne propia de muchas maneras, hasta llegar, en el último tiempo, a manifestarse en la partida al exterior de muchos jóvenes y no tanto que no encuentran aquí un espacio propicio para vivir y crecer.

Solo a dos personas les confío la columna antes de darla por cerrada. Una de ellas es mi esposa, que tiene ojo certero e ideas que enriquecen las mías. Con ella tengo charlas que muchas veces, cuando decantan, destilan su concentrado en mis textos. Le agradezco aquí ese acompañamiento, y sobre todo esas ideas que fueron suyas antes de que yo las hiciera propias. Por otro lado, también le envío el texto, a veces sobre la hora, a Jorge Fernández Díaz, maestro del articulismo y la escritura. Desde hace años nos intercambiamos nuestras columnas antes de ponerles el moño, un privilegio para mí. En ese ida y vuelta sin duda soy yo el que saca el mayor rédito. Mi infinita gratitud también para él.

Este libro es una suerte de continuación de *¡República urgente! Alegato por una democracia auténtica*, publicado en marzo de 2021, que recoge una serie de conversaciones que Santiago Kovadloff y yo mantuvimos durante unos cuatro meses a fines de 2020. Me falta aquí el invalorable contrapunto de Santiago, su mirada lúcida y sensible, aunque de algún modo está presente en estas páginas. Le agradezco no solo las charlas sobre los vaivenes de la vida política nacional, en las que siempre aprendo, sino también la lectura de estos capítulos y sus generosos consejos.

Mientras escribía esta introducción invoqué, sin proponérmelo, el espíritu de 1983. La escritura es más sabia que nosotros. Me llevó hasta ese momento de la historia, íntima y colectiva, en la que confiábamos en nuestra capacidad de construir una vida mejor, para nosotros y los demás. Es necesario recuperar esa confianza. Creo que la posibilidad de revertir la curva del deterioro reside en la resistencia de aquellos que, ante los desvaríos del kirchnerismo, dejaron su silencio de lado y se hicieron oír, en la certeza de que no es posible pensar en una prosperidad individual divorciada de la suerte que, como sociedad, nos comprende a todos.

Me pasó a mí, y de allí el registro testimonial que desde mis columnas se trasladará a estas páginas. Y les pasó a muchos, cuyo protagonismo cívico, de aquí en más, podría marcar el rumbo de la Argentina. A ellos dedico también este libro.